

## El matador de culebras Víctor Negrete Barrera



Mi nombre es Luis Rosales Vega, natural de Tierralta en el departamento de Córdoba, tengo 73 años de edad, con abuelo cubano y padres nacidos por estos lados. El pueblo lo fundaron en 1909, así que tuve la oportunidad de conocer algunos de los fundadores y primeros pobladores. Recuerdo a Santiago Canabal, Enrique Zurita, Félix Racini, Ruperto León, Aníbal Salcedo, Rafael Anaya, Luis Amín, Concha León y el carpintero Reinaldo Vieillar.

Eran años de apariciones y creencias: decían que salía el demonio porque en las noches oían algo así como un cajón de muerto arrastrado por las calles y los perros ladrando asustados y peleando contra algo o alguien. Nadie se atrevía a salir. Al día siguiente aparecían perros muertos sin lengua y chamuscados por el cuello. Salían brujas y había gente mala que le hacía daño a otra por enemistad o encargo.

Yo, cuando estaba pelao o pequeño, vendía agua que sacaba del río a algunas familias, estudié en la escuelita que tenía mi papá, un hombre rígido y de mucha urbanidad. Ya grande hice cultivos y fui cazador. En estos oficios de cultivar y cazar me

topé con muchísimas culebras de toda clase y tamaño. Maté cantidades: desde niño cuando comencé hasta ahora ni siquiera me atrevo a calcular. Fueron tantas que a partir de 1965 resolví contar las culebras venenosas que he matado. Me refiero únicamente a las venenosas, las otras no las mato o no las cuento. Hasta ahora, julio de 1999, llevo 4.020.

Por aquí las culebras más venenosas son la panoca alazano que brinca; la pacoral que tiene patas como los saltarroyos; la mapaná cabeza plata porque brilla; la comején que pone los huevos grandes, la mapaná rayo que tiene la piel roñosa como un caimán, es la más larga, puede medir hasta ocho metros y la más dormilona, difícil de despertar pero cuando lo hace hay que tener cuidado por lo brava; la mapaná rabo biche con su barriga parecida a la de un moncholo, echa veneno amarillo por la cola; la mapaná coral con sus colores blanco, rojo y negro y además están la verrugosa, candelilla prieta, birri, toche, guamera, zumbadora y las mapaná X, 24 y blanca.

Las culebras las podemos matar con palos, machetes, piedras y disparos pero lo que yo recomiendo son los palos largos y suaves, que no se parten, doblan con facilidad y golpean al animal de manera más efectiva. Yo tengo una parcela a la entrada del pueblo, si todavía hoy encuentro una que otra culebra, imagínese cómo sería años atrás. ¡Abundaban! Si uno se metía monte adentro o a la montaña, debía andar

con cuidado porque en cualquier parte estaban las culebras: ocultas en las hojas, en las piedras, palos secos, huecos, cuevas, ramas de los árboles y bejucos... asoleándose, comiendo, durmiendo, cazando, copulando, jugando.

Cuando entro a una parte que es culebrera debo estar preparado con todos los sentidos porque pueden suceder tres cosas: que yo vea a la culebra y ella a mí no, que la culebra me vea a mí y yo a ella no y que ambos nos veamos. En cada caso las actitudes son diferentes. Yo, por ejemplo, si la veo primero o al mismo tiempo, trato de matarla. Sólo en caso de no tener con qué hacerlo o si las condiciones no me son favorables puedo dejarla que siga viviendo... pero hago lo posible por acabar con ella.



En el monte hay indicios que anuncian la presencia de culebras: sus huellas, sobre todo en terreno limpio y blando; pedazos de piel mudada y el canto de pájaros como el bochó cienaguero, mochuelo, cucarachero, el copetón rallao, cocinera, chauchau y sangre toro que avisan cuando hay culebras. Para saber el sitio exacto donde se encuentra es suficiente con localizar el pájaro que canta con más afán o desespero.

Cuando me tocaba dormir en tierra de culebras preparaba fogones, los encendía y les echaba hojas de matarratón o caucho para alejarlas con el humo. También acostumbré regarle creolina a los tizones del fogón. Este humo tampoco les gusta. La culebra que más llama mi atención es la boa por su tamaño, fuerza y cierta docilidad. Es curioso que le guste chupar la teta de la mujer recién parida, el olor de la leche derramada en el pecho o en el ajustador, parece que la atrae de manera irresistible. Casi nunca la mujer se percata porque está dormida o la boa tiene algo en la piel, el aliento o cualquier otra parte que la adormece por momentos.

Algo que me gusta de ella es verla cazar. Yo iba a las casas con techo de palma donde tenían boas y miraba con atención cómo preparan la trampa: escoge un lugar en las varas o tirantes del techo que le permita extenderse y mantener cierta comodidad; esconde la cabeza entre las palmas para despistar a la presa; se agarra con la cola en cualquier punta o saliente de la palma; hace un círculo con el resto de su cuerpo y espera silenciosa. Los ratones pasan presurosos por encima o a un lado del cuerpo hasta que alguno llega al círculo, de inmediato lo cierra y el animal queda atrapado. Entonces comienza a ablandarlo, pasándolo de la cabeza a la cola y viceversa. El apretón de sus músculos le tritura los huesos dejando el cuerpo del ratón tan suave como si fuera de trapo. Ya en su punto empieza a tragarlo. Si queda satisfecha lo más probable es que duerma un rato, de lo contrario se dispone a amar de nuevo la trampa.